

GRAN SESION DE LA SOCIEDAD BOLIVARIANA

Anoche se reunió en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario la Sociedad Bolivariana, para entregar una medalla de primera categoría a los doctores Alfonso López y J. M. Velasco Ibarra. Una gran concurrencia llenaba el claustro del Colegio del Rosario.

EL DISCURSO DE CASTRO SILVA

Castro Silva, Rector del Colegio, pronunció el siguiente discurso:

Señoras y señores:

La Sociedad Bolivariana ha honrado este Claustro eligiéndolo para tributar a los excelentísimos señores presidentes electos de Colombia y del Ecuador, el homenaje debido a los conductores de estos pueblos cuya hermandad se afianza en el nombre de Bolívar, engendrador de patrias.

No recae esta elección en un sitio huérfano de historia, ajeno a la vida de la república, sumido en yertas o estériles cavilaciones sobre lo que fue ayer y hoy no aparece. Al daros esta bienvenida, señores excelentísimos, yo, que apenas soy un accidente en la existencia del Colegio Mayor del Rosario, quisiera revestirme y escudarme con las glorias y hazañas de los próceres que aquí se criaron, y convertir esta voz mía en pregón de sus ejemplos y en retumbo de sus enseñanzas.

Conmigo está para saludaros en esta hora el legendario arzobispo fundador, alma vidente y genial político que en el seno de una monarquía absoluta, no sólo adivinó y previno la emancipación, sino que preparó sus instrumentos e impulsó la mocedad por caminos de investigación racional y de justa democracia. Así como el gesto del sembrador llena los surcos que tiene delante y parece que conjura el mañana y evoca las

mieses opulentas por venir, así veo yo al fraile aquél, ése que pintó allí Gaspar de Figueroa, aplicando la mano grácil a la escritura de sus Constituciones e irguiendo la cabeza para fijar los ojos en la nación futura, independiente y soberana.

Ese.... ése es el prelado, el gobernante, el estadista que hace tres siglos dejó seca y enjuta su tesorería porque pensaba que sobre todo otro interés y solicitud, está el afán de poner la educación y la instrucción como base de todo régimen y como fundamento y meollo de toda prosperidad; idea tenaz que le urgíó y torturó hasta que, agotados sus haberes, quedó concluído este Colegio, que si hoy es grande aun como fábrica, juzgad cómo se mostraría desmesurado e insólito, en la minúscula Santafé del siglo XVII. Delirio hubo allí, mas no del que se apacienta en fastuosas vanidades sino del que es resplandor de pensamientos poderosos y prerrogativa de constructores inmortales.

Aquel es el arzobispo que para no poner estorbos a los alcances del espíritu, le señaló en las alturas la Verdad Infinita como término y por el mismo caso le abrió sobre la tierra no ya las rutas yermas y desoladas de la simple inconformidad, sino las vías luminosas en que la razonable disputa y la experiencia desinteresada son prenda de firmes ascensiones. No se esclavizó de un sistema, ni preconizó una sola tendencia, ni se ató con una parcialidad, ni pretendió imponer una sola opinión, porque sabía muy bien que a diferencia de la fuerza y del instinto que son exclusivos, la inteligencia genuina acoge por suyo todo cuanto lleva impreso el signo de la verdad; de la verdad que se halla con alborozo, o se busca con honradez y buena fe, de la verdad que cuando es ciencia, junta los pueblos con vínculos de utilidad común, y cuando es amor y justicia los enlaza con eslabones de fraternidad indestructibles.

Por eso tenéis aquí, señores excelentísimos, asociados a esta salutación, los discípulos de Fray Cristóbal,

peritos en muchas y diversas facultades y todos maestros en el arte de exaltar a la patria con obras y palabras. Os los presento, porque para agasajar a huéspedes tan ilustres, no hallo nada mejor que exhibir ante ellos las joyas y preseas domésticas, y correr los velos que protegen el larario familiar. Venid, pues, señores colegiales y alumnos, venid de entre las sombras de casi tres siglos; venid, porque voy a llamar lista de glorias; venid a decirnos que este Colegio del Rosario es hijo de sus tradiciones como cada hombre es hijo de sus obras, y que cabalmente por eso nunca fue peso muerto ni institución caduca en el vivir de la república; venid a servirme de testigos de que ella no os vio jamás ausentes de las luchas del espíritu y de las lides épicas que fueron menester para formarla; venid a certificarnos que la única mancilla que no se ha tolerado en vuestra casa no es la que se mide por el código de una aristocracia meramente carnal, sino la que consiste en la bastardía del ánimo y en la vileza del corazón; venid a responder por vosotros mismos de que en este claustro no solamente hay memorias aventadas sino que hay también un espíritu propio de renovación constante y una energía jamás exhausta que va acompasando su marcha al ritmo de los tiempos; venid, señores colegiales y alumnos de otros días; también vosotros ocupásteis el solio de la primera magistratura en estas tierras redimidas, y entonces os llamásteis Camilo Torres, Fernández Madrid, Jorge Tadeo Lozano, Joaquín Mosquera, Castillo y Rada, Domingo Caycedo; cuando informábais cristianamente esta democracia, os apellidábais Caycedo y Flórez, Lasso de la Vega, Mosquera y Herrán; cuando Humboldt y Linneo se inclinaban ante vosotros y os aclamaban vencedores del tiempo voraz y de la violencia estúpida de ese que se decía Pacificador, teníais por nombre Mutis y Caldas; cuando henchíais de elocuencia el congreso nacional, de probidad la administración pública y de agudo entendimiento la diplomacia, os llamábais Torices, Lino

de Pombo, Ezequiel Rojas, Gutiérrez Vergara, Eustaquio Alvarez y Nicolás Esguerra; cuando aventábais las huestes prepotentes érais Maza, D'Elhúyar, Girardot; y cuando era menester señalaros por una ilustración omnígena acudíais vosotros, Estanislao Vergara, Rufino Cuervo, Núñez Conto, Uricoechea, Colunje, Ancízar, Rafael Pombo....

Cuántos más pudiera evocar!... Mas, para qué insistir? Con estos nombres y los innumerables que registran juntamente los anales patrios y los del colegio, queda bien respaldado el acatamiento que os hacemos, señores excelentísimos. Dignaos recibirlo, porque no hay en él lunar que lo deslustre o menoscabe, hay en cambio un fruto natural de aquella nobleza que quiso Fray Cristóbal de Torres para los suyos, nobleza propia de ese ideal de República Cristiana que realizó aquí con régimen electivo, con distinción sabia de poderes, con amplia libertad para lo bueno, con responsabilidades efectivas, con la santa igualdad que no consiste en abatir los grandes hasta el nivel de los ruines, sino en levantar a los pequeños hasta la excelsitud de los mayores.

En esta hora el Colegio Mayor se junta con la Sociedad Bolivariana para reverenciar al Padre y al Héroe. Dichosa aclamación que sumándose a vuestros sentimientos va a transmutarse en un acorde mayor de perdurable resonancia. Porque vos, excelentísimo señor presidente electo del Ecuador, sois el eco vivo y grandilocuente del poeta vuestro, Olmedo, que forjó con sus rimas el pedestal infrangible del Libertador, a cuya voz debieran concentrarse las patrias americanas en íntima fusión; y vos, excelentísimo señor presidente electo de Colombia, anheláis ser el intérprete moderno de aquella visión de la Gran Colombia que armó el brazo y enamoró la mente de Bolívar.

HABLA DIEGO CARBONELL

En seguida el doctor Diego Carbonell pronunció el siguiente discurso:

Excelentísimos señores, honorables señores miembros del cuerpo diplomático, señores, señoras:

Singular por extraño y sencillo es el espectáculo éste en la breve historia de la Sociedad Bolivariana de Colombia, por lo que expresa en su significación y por la trascendencia del ideal que guía a los sostenedores de la doctrina grancolombiana en su seno. Porque los escépticos dirán que somos utopistas pero la gente sensata ante la desorganización actual del mundo, seguirá admitiendo que lo ideal en moral política es lo real para la felicidad de los pueblos. Y porque, conforme al juicio del filósofo, en el curso de los acontecimientos humanos que como ríos salidos de madre suelen desviar los senderos de la recta interpretación, basta un minuto de la historia para que todo se apresure en el tiempo, como en evolución de urgencias, y para que en síntesis armoniosas aquellos sucesos se desliguen de sus trabas o relaciones y se agolpen ante las muchedumbres sorprendidas que esperaban tras las horas los días, tras los días los años y tras los años las centurias. Y todo porque estamos habituados a meditar apenas en lo que acaeció ayer; y no pensamos en que en el seno de los tiempos está la solución de los más escabrosos problemas, torcidos por la miseria humana que nunca pudo detener el ritmo de la historia ni las decisiones misteriosas del futuro.

Este acto, extraño y sencillo, es prueba fehaciente de lo que os digo: necesitóse que las pasiones desencadenaran el conflicto que pudo costar a Colombia y al Perú mucha sangre y torrentes de lágrimas, para que en la tierra vecina y hermana surgiese la anchura del cauce en las nuevas ideologías de América y viniese hasta estas tierras acogedoras el excelentísimo señor presidente electo del Ecuador, con el fin principalísimo de contribuir al cultivo de una doctrina de mutua comprensión que tanto en Colombia como en Venezuela tiene cátedras en las cancillerías y en las universidades. Y sube de punto la singular significa-

ción de este homenaje al darnos cuenta de que en vuestros espíritus, excelentísimos señores, anida el amoroso presentimiento de que la Gran Colombia existe aún, y a fe que existe por cuanto es casi tangible la memoria de aquel grandioso espécimen de la Raza, su original fundador en el severo areópago de Angostura; y, además, porque la Gran Colombia surgida como una diosa del cerebro mejor seleccionado en la evolución del pensamiento genial en el siglo XVIII y en el siguiente, siendo una realidad ideológica, ya eso es suficiente para que la consideremos con efectiva individualidad moral y con osamenta de vértebras recias y firmes.

Para ceñirme a lo que es el símbolo sagrado de un pueblo ¿no estáis en este momento contemplando entrelazadas las tres banderas que son una misma, aquella que el varón grandioso y mártir, Francisco de Miranda, el auténtico precursor de la emancipación americana, tremoló, como un jirón de cielo, de océano y de auroras espléndidas, sobre la costa inclemente de la tierra coriana de Venezuela? Vos mismo, señor doctor López, contra el parecer indiscreto de los que hayan proclamado que no vino desde Venezuela la onda del idealismo emancipador, lo proclamásteis generosa y orgullosamente en reciente ágape que en vuestro honor ofreció esta misma sociedad que trabaja por la justicia histórica. Y ayer no más, para agradecer agasajos en la ciudad de Cali, os colocásteis en el vértice de las actualidades republicanas después de un siglo, y dijísteis con la franqueza y lealtad que caracterizan vuestros actos públicos «que el cambio de posición política de los partidos en que se divide la opinión colombiana habrá de ofrecerle al país, al Ecuador y a Venezuela, la oportunidad de trabajar estrechamente unidos, no solamente en el campo moral e intelectual, sino en el concierto de las actividades internacionales».

Bajo tan halagadores auspicios, excelentísimos señores, la Sociedad Bolivariana de Colombia espera que en la dirección de vuestras arduas faenas de magistra-

dos, el ideal del Libertador sea el evangelio político que inspire vuestras decisiones.

Me corresponde el honor insigne, como presidente interino de la Sociedad, y como ministro de Venezuela, de otorgaros la medalla de oro que los estatutos conceden a personajes eminentes y penetrados de la misión apostólica tanto en la vida social como en la azarosa de la política.

Que ella sea un acicate en vuestras altas deliberaciones y que ante la debilidad o la flaqueza os recuerde la obligación moral contraída desde este instante con vosotros mismos, esto es: la de ser siempre los triunfadores en la noble justa de la fraternidad entre los pueblos que un día el Libertador vio ligados por milagro de su imaginación portentosa y por autoridad de su prestigio sin igual en los anales del mundo.

HABLA VELASCO IBARRA

Acto seguido el doctor Velasco Ibarra pronunció un extenso discurso para dar las gracias, en su propio nombre y en el del doctor Alfonso López, por el homenaje que se les acababa de tributar.—(De *El País*, junio 5).

CRONICA DEL COLEGIO

Como remate de mi pasada crónica traje la cita del escudo del Colegio. He de confesar su oportunidad porque ella me dará para este nuevo escrito motivo aparente del cual desentrañar decires e impresiones que dicha insignia me dicta.

Bien se me alcanza que he querido cargarme con ponderosa obligación a cuyo rechazo se resisten mi moceril arrojo y mi condición de leal rosarista.

Antes de emprender mi trabajo, y en guardia contra cualquier peligro de opacidad y deslustre para nuestro blasón, quisiera desasirme de la familiaridad con que lo miramos, empaparme, al mencionarlo, en la veneración y fervor que se merece, sumergir mi espíritu en la belleza simbólica de la cruz gloriosa e imponer a mi estilo que ha